

Entre lo que aspiramos y lo que podemos esperar

Alfredo Acle Tomasini©

Quizá la estrategia más obvia de todos los candidatos en el debate – perdón por no decir “y la candidata”, pero aplico el principio de economía permitido en el idioma castellano – fue tratar de capturar a los indecisos cuya proporción en las distintas encuestas oscila entre 15 y 20%. Aunque no se sabe si éstos finalmente votarán o se integrarán a las filas del abstencionismo, que en las últimas elecciones equivalió al 42% del padrón electoral, o si aun presentándose en las urnas anularán su voto como lo ha hecho en promedio el 2% de quienes transitan por ellas.

De hecho cuando la estadística electoral se convierte en arte, es justo al momento de diseñar modelos para simular el posible destino que tendría el voto de los indecisos. Una opción, la más simple, es asumir que al momento de la elección los votos de éstos se distribuirían en proporciones similares al de quienes ya se han decidido por un candidato. Pero esta asunción es sin duda insuficiente, si introducimos otros elementos en el análisis que podrían afectar el resultado final como sería la abstención y el comportamiento del voto nulo.

Sin embargo, la manera como se presentan las tendencias de las encuestas hace pensar que el tamaño del pastel electoral está definido y que todo se reduce a una lucha entre los candidatos para aumentar la dimensión de su tajada, lo que supondría que las preferencias electorales de los ciudadanos cambiaran constantemente como si cada día se dedicaran a deshojar la margarita; hoy por éste, mañana por aquel, etc.

Si bien esto puede ocurrir con algunas personas, el sentido común hace pensar que en la medida que la contienda electoral se acerca a su fase definitiva, las variaciones en las encuestas más que deberse a cambios en las preferencias, obedecerán a una disminución en el porcentaje de indecisos y a que un número mayor de ciudadanos que no pensaban acudir a las urnas finalmente han decidido hacerlo.

Por ende, la mayor reserva de votos potenciales de la cual los candidatos pueden echar mano para modificar a su favor el resultado electoral está en la suma de abstencionistas potenciales, indecisos y de aquellos que en principio se inclinan por anular su voto. Para aquilatar la dimensión de este universo basta considerar que estos tres grupos juntos representan más de la mitad del padrón electoral. Amén de que siempre será más sencillo captar a alguien que todavía no se ha pronunciado por quién votar, que modificar una decisión que en principio ya se tomó.

Si bien hay un buen número de ciudadanos que basan su voto en convicciones partidistas o que por razones ideológicas nunca votarían por un determinado partido, la realidad es que dado el descrédito de la clase política y lo limitado de la oferta electoral, muchos electores toman su decisión a través de un proceso de descartes convencidos de que su derecho a votar lo harán escogiendo no a la mejor opción sino a la que les parezca menos mala, lo cual es un hecho trágico porque implica aceptar a la mediocridad como único destino.

Resulta interesante el caso de quienes hablan de anular su voto, porque esta decisión que podría parecer impulsiva surge en realidad de un análisis profundo y de convicciones democráticas más arraigadas que las de muchos que deciden optar por un candidato. Hay “anulistas” que acuden a las urnas creyendo con firmeza en la democracia, pero como sucede con muchos católicos, dudan

que sus principios básicos estén debidamente resguardados por la iglesia terrenal y por una burocracia clerical que lejos de defenderlos, los usa como coartada para lucrar con ellos. Así, anulan su voto como una forma de protesta o de abstención activa.

A estas alturas de la campaña resulta difícil imaginar que el debate haya alterado de manera notable las preferencias electorales. Aunque hay quienes piensan que la rijosidad definió al ganador, lo cual no deja de ser una perspectiva primitiva de aquello que debería ser una ocasión para confrontar ideas, en lugar de servir para el intercambio de ataques que en su mayoría retan la inteligencia del ciudadano y asumen su infinita desmemoria, como si de repente los candidatos hubieran irrumpido en la vida nacional sin tener detrás de si ningún antecedente y sobre todo sin nunca haber estado asociado con nadie, ni con nada, lo cual confirma que para los políticos la historia empieza a partir del tiempo presente.

Ambos debates dejaron mucho que desear. Se le echa la culpa al formato, pero éste no surgió de la nada sino que obedece a los propios contendientes. Ellos lo aprobaron, lo escenificaron y con sus palabras y actitudes le dieron contenido.

La enorme diferencia entre las expectativas que suscitaron los debates y la sensación de vacío que dejaron a su término, confirman la brecha que muchos ciudadanos percibimos entre el liderazgo que deseamos y aquel que la necia realidad nos permite esperar.

alfredo@acletomasini.com.mx
@AcleTomasini